

Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.946
9 de noviembre de 1990

ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

POLITICAS SOCIALES Y DESARROLLO SOCIAL
EN EL INICIO DE LOS AÑOS NOVENTA

*/ Este documento fue preparado por la División de Desarrollo Social de la CEPAL. No fue sometido a revisión editorial

90-11-1864

Políticas sociales y Desarrollo Social
en el inicio de los años noventa

Ante todo deseo agradecer a las autoridades de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales el haberme invitado a exponer mis ideas, lo que haré a título personal; así podré presentar sin rodeos algunos planteamientos polémicos, con el fin de estimular el debate. Estamos atravesando una época demasiado difícil como para privarnos de encontrar el camino a seguir a través de la discusión libre de nuestras ideas. Época de cambio y crisis, como lo afirma el tema central de esta Conferencia Mundial.

Cambio y crisis en el orden material y en el de las ideas; en cuanto a las ideas sobre el desarrollo económico y social en América Latina, durante los años 80 se produjo lo que se llamó el "retorno de la ortodoxia liberal", y el paralelo debilitamiento del pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo, elaborado a partir de los años 50 por destacados economistas y sociólogos, entre los que sobresale la figura de Raúl Prebisch.

Dedicaré lo medular de mi exposición a fundamentar la tesis de que la hegemonía de la propuesta ortodoxa se está debilitando, que hay signos evidentes de una reacción ante la misma, y que ya existen los cimientos de una propuesta alternativa a ese paradigma.

Quisiera ordenar mi examen crítico de la propuesta ortodoxa respondiendo a tres interrogantes:

¿Será capaz la propuesta ortodoxa de asentar el crecimiento económico de la región sobre bases sólidas, es decir, impulsar la transformación productiva necesaria para integrarnos a la economía internacional de una manera plena y no subordinada y periférica?

¿Será capaz dicha propuesta de revertir la actual tendencia a la consolidación de sociedades profundamente desiguales, donde conviven ricos que tienen el nivel de vida de los ricos de los países desarrollados y pobres que son tan pobres como los de la India o Africa?

¿Será capaz la propuesta ortodoxa de estabilizar y fortalecer el orden político democrático, que tanto ha costado conseguir en nuestros países?

*Este texto recoge la exposición realizada por el Director de la División de Desarrollo Social en la Conferencia Mundial de Trabajadores Sociales realizada en Buenos Aires, del 8 al 12 de agosto de 1990.

1. La respuesta al primer interrogante, relativo a si la propuesta ortodoxa puede ser la base de una estrategia sólida de crecimiento económico a largo plazo, es la cuestión central que ocupa ahora a los economistas del desarrollo. Son dos las recomendaciones básicas que la propuesta ortodoxa nos sugiere para impulsar el crecimiento económico:

a) Conseguir la estabilidad de precios y el ajuste de las cuentas fiscales y externas. Con respecto a esta recomendación, a mi entender no cabe discusión alguna; el logro de tales equilibrios es absolutamente necesario y varias experiencias recientes en América Latina han demostrado, por ejemplo, que la hiperinflación es la peor de las situaciones posibles tanto desde el punto de vista económico como social y político.

Sin embargo, quisiera señalar también que han sido muy altos los costos sociales de las políticas de ajuste y estabilización que se han aplicado por que no se han hecho los esfuerzos suficientes para elaborar y aplicar con éxito fórmulas heterodoxas que no hagan recaer sus efectos de una manera desproporcionada sobre los estratos más débiles de la población.

Creo que los economistas están en deuda por no haber elaborado fórmulas más equitativas de políticas de ajuste y estabilización; y muchos políticos también están en deuda por haber respetado demasiado los poderes económicos existentes al diseñar y aplicar dichas políticas.

Por ello, la disyuntiva que se plantea actualmente no es entre la propuesta ortodoxa y el populismo irresponsable sino entre distintas opciones de políticas de ajuste y estabilización que otorguen distinta importancia a sus efectos en términos de equidad.

b) La segunda recomendación del enfoque ortodoxo que deseo subrayar es su insistencia en que nuestras economías deben insertarse de manera más amplia en la economía internacional. El exámen de esta recomendación requeriría considerar aspectos políticos, sociales y culturales que suelen ser dejados de lado, pero aún cuando la compartiéramos en su dimensión económica quedaría todavía en pié la cuestión decisiva del modo en que debiéramos vincularnos. Naturalmente, no se trata simplemente de que abramos nuestras economías sino de que seamos capaces de vincularnos a la economía internacional de una manera menos subordinada y periférica que la actual; que revirtamos la tendencia que nos impulsa hacia una posición crecientemente subordinada y periférica en la economía mundial: cada vez participamos menos en el comercio mundial y más del 70% de las exportaciones totales de la región son todavía de productos primarios. Debemos producir nuevos productos y con nuevas formas de producción, lo que requiere una transformación productiva en gran escala. Para realizar esta transformación la propuesta ortodoxa propone realizar lo que

denomina un "ajuste estructural". Se trata sobre todo de cambios institucionales orientados a la liberalización de los mercados de bienes y factores y a la privatización y desregulación, con la consiguiente reducción del papel del Estado. La propuesta ortodoxa sostiene que dichos cambios estimularán la competencia y la más eficiente asignación de los recursos, y debieran ser acompañados por estímulos a la inversión privada nacional y extranjera y la creación de un "clima de confianza" que las favorezca y proteja.

Permítanme plantear de nuevo el interrogante que nos preocupa: estamos en medio de una transformación tecnológica profunda y veloz que se manifiesta en la aparición de nuevos productos y nuevos procesos de producción que nos dejan cada vez más descolocados en relación a la economía mundial. Si deseamos incorporarnos en ese proceso en movimiento, debemos hacer una transformación profunda de muchos aspectos de nuestra economía.

¿Bastaría para ello con colocar los fundamentos de una economía de mercado, como lo sostiene la propuesta ortodoxa?

Creo que los países que han logrado con éxito recorrer ese camino demuestran que el asunto es mucho más complejo. Por ejemplo, desde el punto de vista de los agentes económicos, más que privilegiar el rol de la empresa privada y reducir el del Estado parecería mucho más adecuado articular a los agentes públicos y privados. El mejoramiento en gran escala de la competitividad internacional no ha sido en general el efecto espontáneo del libre juego de las fuerzas del mercado sino más bien el resultado deliberado de agentes públicos y privados que se han concertado para movilizar todas sus fuerzas en pos de ese objetivo nacional.

Asimismo, este proceso abarca los aspectos más diversos; por ejemplo, sería irrisorio que un país pretendiera competir en el mercado internacional en los rubros donde el factor productivo más importante es el conocimiento si no realiza un esfuerzo sistemático y en gran escala para reducir la brecha científico - tecnológica que lo separa del mundo desarrollado. Y es notorio que la propuesta ortodoxa muy poco se preocupa por el destino de las instituciones y las personas dedicadas a estos asuntos.

2. El segundo interrogante tiene que partir del examen de la tesis de la propuesta ortodoxa de que el crecimiento económico traerá consigo el desarrollo social, es decir, el mejoramiento de las condiciones de vida de toda la población y la reducción de la desigualdad social. Nos dice: Impulsemos el crecimiento económico y el resto se dará por añadidura.

Quisiera comenzar mi respuesta señalando que en el último par de años se ha producido a nivel mundial una crítica creciente a esta tesis economicista y un resurgimiento notorio de la llamada "dimensión humana" del desarrollo, que expresa no sólo una gran preocupación por los costos sociales de la crisis y de las

políticas utilizadas para enfrentarla, sino también el convencimiento de que se está prestando una atención demasiado grande a la recuperación del crecimiento económico, entendido como la expansión de la oferta de bienes y servicios, en desmedro del desarrollo social o del progreso humano, que abarca no sólo el acceso a los bienes y servicios disponibles sino también la dignidad, la autoestima y el desarrollo personal.

Existen muchos documentos recientes donde se expresa esa preocupación por la dimensión humana. Los países asiáticos aprobaron el Plan de Acción de Jakarta sobre el desarrollo de los recursos humanos en abril de 1988; poco después los países africanos dieron su respaldo a la Declaración de Khartoum que propone un "enfoque humano" para la recuperación socio económica y el desarrollo de Africa; y los países latinoamericanos respaldaron recientemente la propuesta de la CEPAL sobre Transformación productiva con equidad. Otros organismos de las Naciones Unidas han expresado también su preocupación en esta materia: por ejemplo, UNICEF y su "ajuste con rostro humano" y el PNUD con su reciente informe sobre la "condición humana".

Un fundamento empírico importante de esta preocupación por la dimensión humana es que la experiencia histórica muestra que la evolución entre crecimiento económico y desarrollo social no es necesariamente paralela. Si se realiza un examen de la evolución económica y social de los países a nivel mundial se advertirá que es cierto que existe una relación positiva entre crecimiento económico (PIB por habitante) y la evolución de indicadores tales como esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil; pero también demuestra que existen grandes desfases entre ellos. Por ejemplo, China y Sri Lanka tienen una esperanza de vida al nacer que es semejante a la de México, Corea del Sur y Brasil, aunque el PIB por habitante de los dos primeros países sea entre cinco y siete veces inferior al de los segundos.

Estas notables diferencias entre los niveles de desarrollo económico y desarrollo social se explican sobre todo por el énfasis que los países han puesto en la distribución de los frutos del crecimiento: existen países con un nivel de crecimiento económico bajo que, sin embargo, han logrado mejorar mucho las condiciones de vida de su población, mientras otros presentan un nivel de desarrollo social rezagado pese a que lograron aumentar durante largos períodos su riqueza material. Todo ésto lleva a la constatación simple de que existen tipos, estilos o modalidades de desarrollo económico que ponen distinto énfasis en la distribución equitativa de sus frutos; o sea, que hay tipos de desarrollo más concentradores y más equitativos.

En este punto desearía hacer hincapié en una idea muy importante: el hecho de que un tipo de desarrollo sea más equitativo no depende sólo de que se aplique una amplia política social; ello es necesario pero insuficiente. También es

importante el tipo de desarrollo económico que se siga (a menudo es lo más importante): la política tributaria, el volumen y orientación del gasto público, la política de precios y salarios, el tipo de desarrollo industrial y agrario, la mayor o menor preocupación por el desarrollo de las regiones, etc. El destino del desarrollo social no es sólo cuestión de la política social sino también de la política económica.

Volviendo sobre la cuestión que nos estábamos planteando, deberíamos preguntarnos ¿cuáles son las consecuencias distributivas previsibles de la aplicación del enfoque ortodoxo, suponiendo que tuviese éxito en impulsar el crecimiento económico? Responderé a esta pregunta examinando dos aspectos principales: el empleo y la política social. La evolución del empleo es una indicación muy clara de la orientación distributiva de un estilo de desarrollo. El pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo lo tuvo en cuenta desde un principio como un problema principal: el desarrollo económico es un medio para mejorar el nivel de vida de las masas, y para ello es necesario que absorba productivamente a la fuerza de trabajo, es decir, que sea capaz de ofrecer empleo productivo y bien remunerado a toda la fuerza de trabajo. Entre 1950 y 1980 hubo una absorción importante de fuerza de trabajo (crecimiento del empleo moderno) pero insuficiente por diversos motivos: dinamismo económico menor del necesario; proporción muy alta de fuerza de trabajo subutilizada que debía ser absorbida; rápido crecimiento de la población en edad activa; utilización de tecnologías poco generadoras de empleo. etc. Lo cierto es que después de 30 años de crecimiento económico relativamente alto, en 1980 todavía existía en promedio en América Latina alrededor de un 50% de la fuerza de trabajo subutilizada (desempleada y, sobre todo, subempleada). Con la crisis de los años 80 aumentaron las dificultades: creció el desempleo y sobre todo el subempleo y en muchos países la tasa de crecimiento previsible de la PEA durante los años 90 es todavía muy alto. En algunos países de la región la situación es dramática: tienen un grado de subutilización de la fuerza de trabajo superior al 50% de la misma y una tasa de crecimiento de la población en edad activa en torno al 3%. Entre ellos están México, Perú, los países centroamericanos excepto Costa Rica, Bolivia, Ecuador, República Dominicana y Haití.

Creo que el enfoque ortodoxo está especialmente incapacitado para responder a este desafío: pone énfasis en la modernización de la estructura productiva y en la racionalización de las actividades públicas, lo que significa aumento del desempleo y el subempleo debido a que dicha modernización orientada por las fuerzas del mercado, se realiza utilizando tecnología capital intensiva.

Un ejemplo destacado en este sentido es el tipo de desarrollo agrario que se ha seguido en la mayor parte de América Latina en los años recientes; produjo un considerable aumento de la producción y la productividad, pero lo hizo a costa de una gran concentración de la tierra y del ingreso y provocando una masiva

migración de la población agraria a las ciudades; es la economía urbana la que ha debido hacerse cargo de la fuerza de trabajo que no fué absorbida en el agro. El enfoque ortodoxo no se preocupa especialmente por el problema del empleo; supone que si se toman las medidas correctas al cabo de pocos años, realizado el ajuste estructural, la fuerza de trabajo subutilizada será absorbida. En algunos casos el pronóstico puede ser más optimista si la proporción de fuerza de trabajo subutilizada es relativamente baja, la misma crece a tasas reducidas, y se expanden rubros productivos que ocupen bastante mano de obra. Pero en la mayoría de los países de América Latina ese pronóstico sólo es una mera expresión de deseos: los sectores productivos con potencialidad exportadora tienden a producir escasos efectos distributivos tanto por la concentración de la propiedad de los activos como por su escasa ocupación de mano de obra. En tales circunstancias, aun logrando un ritmo razonable de crecimiento económico, es previsible que las sociedades se segmenten o dividan cada vez más entre los que están incorporados al polo moderno y los que quedan fuera de él. Algunas sociedades de América Latina siempre han sido así; otras, que lucharon por una modalidad de desarrollo más equitativa están retrocediendo de manera acelerada hacia formas mucho más desiguales. Así que, desde el punto de vista de la absorción productiva de fuerza de trabajo, el diagnóstico no es favorable al enfoque ortodoxo.

En cuanto a la propuesta ortodoxa en política social comenzaré recordando que su supuesto básico es que el desarrollo social (o sea, el mejoramiento de las condiciones de vida de la población) depende del desarrollo económico y, a su vez, éste último depende de que se cumplan las condiciones ya mencionadas: estabilidad, ajuste, apertura externa, liberalización, privatización, estímulo y respeto a la inversión privada. En consecuencia, la política social que nos propone el enfoque ortodoxo es complementaria y subordinada a los programas ortodoxos de crecimiento económico; estos programas constituyen el núcleo de su estrategia global y de su éxito depende tanto el futuro desarrollo económico como el desarrollo social. El objetivo principal de la política social debe ser la protección de los que no pueden incorporarse o son excluidos, transitoriamente, del proceso de crecimiento.

Además, se limita a lo que pueda hacerse mediante el nivel de gasto público social existente, cuyo monto, sostiene, sería muy difícil de aumentar dada la restricción fiscal.

Estos dos rasgos típicos de la propuesta ortodoxa en política social se concretan en tres conjuntos complementarios de medidas:

- a) Reasignar el gasto público social, focalizándolo en quiénes se supone que más lo necesitan (sean los estratos de ingreso más bajo, las zonas más pobres o ciertos grupos especialmente vulnerables), y concentrándolo en ciertas áreas de los servicios sociales que se estiman

prioritarias para los más pobres como la medicina preventiva y la educación básica. La focalización del gasto social es presentada como una respuesta a la universalización de los servicios sociales, la que es considerada irrealizable (por falta de recursos) e injusta (porque favorecería por igual a personas con recursos y necesidades diferentes).

- b) Aumentar la eficiencia en el uso de los recursos públicos sociales.
- c) Realizar programas especiales orientados sobre todo a mejorar los niveles de alimentación y nutrición de grupos indigentes, y a brindar empleos de emergencia.

En suma, la propuesta ortodoxa en cuanto a política social recomienda que los escasos recursos de los servicios sociales se usen de la manera más eficiente; se focalicen en grupos o zonas que más los necesiten y en las áreas que más beneficiarán a los pobres; y que se lleven a cabo programas especiales para los indigentes. Todo ello a la espera de que, en un plazo reducido, el crecimiento impulsado por las medidas económicas ya mencionadas genere una expansión de la riqueza suficiente que haga innecesaria esta política social compensatoria.

La propuesta ortodoxa de política social tiene aspectos que son, a mi juicio, válidos: la mejoría de la eficiencia técnica de los servicios sociales y su orientación hacia los que más los necesitan, lo mismo que los programas especiales para paliar las carencias más graves de los indigentes. Sin embargo, deseo llamar la atención sobre otros aspectos la misma con los que no concuerdo.

Ante todo, concibe a la política social como transitoria en el tiempo, limitada en su amplitud y compensatoria, porque deposita una gran confianza en los supuestos resultados distributivos que tendrán los procesos de ajuste estructural. Como ya he dicho, pueden tenerse dudas razonables acerca de la capacidad de estos ajustes para impulsar el crecimiento económico, y muchas más dudas aún sobre sus efectos distributivos. Diría que, aún los más optimistas, que creen que el enfoque ortodoxo logrará tanto el desarrollo económico como el social, dudan al menos de la rapidez con que lo hará. De modo que considerar a las políticas sociales como transitorias, limitadas y compensatorias es una ingenuidad; la magnitud de los problemas sociales de América Latina requiere políticas sociales más amplias y a plazo muchísimo más largo; que ataquen no sólo los efectos del ajuste sino las causas de la pobreza y la desigualdad enraizadas desde hace mucho tiempo en la estructura social.

Políticas sociales más amplias y prolongadas requieren recursos, y por ello debiera hacerse un esfuerzo mucho mayor que el propuesto por el enfoque ortodoxo para aumentar el gasto social

por habitante. Para ello es necesario no sólo reasignar el gasto social, sino también reasignar el gasto público en favor del gasto social y realizar reformas tributarias progresivas que aumenten los ingresos fiscales.

Además, la propuesta ortodoxa de política social encierra el peligro de que terminen existiendo dos tipos de servicios sociales, coherentes con una sociedad dividida entre "incorporados" y "excluidos". Por un lado, un sistema privado de servicios sociales de alto nivel financiado por los estratos de altos ingresos, que satisface ampliamente las demandas de estos estratos en educación, salud, seguridad social, etc.; por otro, un sistema público de servicios sociales financiado por un gasto social exíguo que brinda servicios básicos (educación básica, medicina preventiva, etc.) a la porción más pobre de la población. Fuertes tendencias hacia la consolidación de este sistema dual de servicio social se encuentran en toda América Latina, contribuyendo a reforzar la desigualdad existente en cuanto a distribución de la riqueza, el poder y el ingreso. Según dicho sistema, cada quién recibiría la cantidad y calidad de servicios sociales coherentes con su nivel de ingresos; habría una cierta redistribución del gasto social en favor de los más pobres y en desmedro de los estratos medios, a la vez que los estratos altos no serían afectados por esta redistribución.

3. El tercer interrogante que formulé a la propuesta ortodoxa se refiere a la capacidad previsible de ésta para fortalecer la democracia y colaborar en la construcción de un orden político estable.

Es obvio que el panorama político de América Latina es muy preocupante pues en él se combina el agravamiento de los conflictos con el pesimismo y la frustración de gran parte de la población; en algunos países parecieran existir señales de una creciente desintegración social y política.

A mi juicio, esos fenómenos son la expresión de la coexistencia de dos procesos contradictorios: por un lado, una grande y creciente desigualdad económico-social y, por otro, una intensa movilización social y democratización política.

Esta contradicción se agravó durante los años 80, ya que la creciente democratización amplió las expectativas de la población y permitió que se convirtieran en demandas públicas, a la vez que la crisis económica redujo las posibilidades de que las mismas fueran satisfechas.

¿Qué posibilidades tiene la propuesta ortodoxa de reducir esta brecha? La respuesta depende en gran medida del desempeño de esa propuesta en cuanto al crecimiento económico y a su distribución, y ya he señalado que es probable que no sea muy exitoso, al menos en un plazo acorde con la urgencia social y política existente.

Pero la propuesta ortodoxa presenta otra debilidad importante en este respecto y es su escasa preocupación por el futuro de la democracia. Desde el punto de vista político, su preocupación se refiere principalmente a la necesidad de que existan gobiernos eficaces, es decir, capaces de imponer la propuesta ortodoxa, pero poco importa que sean democráticos o autoritarios. Diría que para la propuesta ortodoxa la cuestión de democracia es casi irrelevante.

α||80Xesantbema, opino que si la desigualdad económica y social contribuye de manera decisiva a la inestabilidad política, en especial en situaciones de alta movilización y democratización, y si no es previsible que la aplicación de la propuesta ortodoxa reduzca esa desigualdad, al menos durante la presente década, es muy probable que la aplicación de la misma contribuya a desbaratar el orden político democrático, ya bastante precario en la actualidad.

4. En estas circunstancias, estimo que lo que debiera hacerse es tratar de reorientar nuestro desarrollo de una manera distinta a la que sugiere la propuesta ortodoxa. Ya di algunas ideas acerca del contenido de esa propuesta alternativa al criticar la ortodoxa; sólo quisiera ahora subrayar algunos puntos.

Ante todo, no cometer el error de la propuesta ortodoxa de creer que se puede encontrar una receta aplicable de manera general a todos los países, cualquiera sea su nivel de desarrollo y su situación política. Una estrategia orientada hacia la equidad debiera contener algunos principios generales de orientación de la acción, pero dichos principios debieran particularizarse en cada situación nacional. Por ejemplo, hay varios países de América Latina donde poner en práctica una estrategia equitativa significa ante todo resolver el problema de una estructura agraria notablemente desigual, donde una parte de su población sobrevive en situación de miseria; en tales países no habrá desarrollo equitativo si no se soluciona el "problema campesino". En otras estructuras sociales más desarrolladas, el problema consiste más bien en cómo lograr que la necesaria modernización de la estructura productiva y la reestructuración de los servicios sociales se lleve a cabo de una manera que favorezca la equidad.

En segundo lugar, se debiera prestar una atención especial a los resultados distributivos de la estrategia que se lleve a cabo, orientándose por el objetivo general de conformar sociedades más equitativas. Como se dijo, dichos resultados distributivos no dependen sólo de la política social sino también (y, a veces, principalmente) de la política económica. Otra manera de decir ésto último es sostener que los resultados distributivos no dependen sólo, ni preferentemente, de las políticas redistributivas, sino de la combinación entre políticas distributivas y redistributivas. Las primeras afectan la estructura productiva, o sea, los factores económicos que

condicionan la distribución primaria del ingreso, tales como la propiedad y control de los activos productivos, los desniveles intersectoriales de productividad de la estructura productiva y las políticas macro-económicas (fiscal, monetaria, etc.). Las redistributivas corrigen la distribución primaria mediante transferencias entre los grupos sociales.

Finalmente, desearía subrayar algo absolutamente obvio: la realización de estrategias más equitativas enfrentará obstáculos importantes en los próximos años.

Por un lado, el hecho evidente de que la preocupación por la equidad debe competir con la preocupación por el crecimiento económico. Una cosa es distribuir mejor los beneficios de un proceso dinámico de expansión de la riqueza y otra muy distinta procurar la equidad cuando al mismo tiempo debemos necesariamente controlar la inflación, ajustar las cuentas fiscales y externas, recuperar la tasa de inversión, hacer frente a los acreedores externos y transformar la economía para hacerla más competitiva.

Por otro, debe tenerse en cuenta también que la crisis de los años 80 ha modificado notablemente la distribución del poder económico. Ha debilitado el poder político de los estratos medios y sobre todo populares (excepto en el plano electoral, que poco les ha servido últimamente para defender sus intereses a pesar de sus triunfos aparentes) y mermado la capacidad reguladora, orientadora, asistencial e inversora del Estado. Al mismo tiempo, ha aumentado el poder de los principales agentes económicos privados nacionales y extranjeros que ejercen una influencia muy importante sobre los procesos económicos y políticos. De hecho, estos agentes afectan el curso de fenómenos tan cruciales como la inflación, el equilibrio externo y la inversión y, en consecuencia, el ritmo y la modalidad del crecimiento. Por cierto, también influyen sobre cualquier política distributiva que pueda afectar negativamente sus intereses.

El panorama resulta un poco paradójico; a la vez que comprendemos mejor lo que debiéramos saber, tenemos también una mayor conciencia de los obstáculos económicos y políticos que enfrentamos.

Una reacción posible ante este panorama sería la de un "pesimismo realista": si la preocupación por recuperar el crecimiento económico es abrumadora y la constelación de poderes nacionales e internacionales exige la aplicación de la propuesta ortodoxa, inclinémonos ante lo irremediable y confiemos en que ella será capaz de darnos lo que promete. Plantearnos otro camino parecería inútil o ingenuo, o ambas cosas a la vez.

No comparto ese punto de vista. Creo, por el contrario, que la propuesta ortodoxa mostrará cada vez más sus falencias, abriendo así el camino a la búsqueda y aplicación de otras opciones.

En última instancia, la construcción de sociedades más equitativas, objetivo último del desarrollo social, es una tarea histórica que sólo tendrá éxito si encarna en grupos sociales importantes que estén decididos a luchar por ese ideal. Estoy seguro que, entre esos grupos, se encuentran los trabajadores sociales.